

y todos, de prisa, se durmieron, aniquilados. Por encima de aquellos campamentos dispersos, la respiración fuerte de aquella multitud sabía en las tinieblas, como si fuera el aliento mismo de la tierra.

De pronto, un tiro despertó á la escuadra. La noche era muy oscura. Debían ser las tres. Todos se pusieron de pie, y la alarma cundió por todo el campamento, creyendo que el enemigo atacaba. Era que Loubet, que no dormía ya, se había levantado é internándose en el bosque, donde debía de haber conejos. ¡Vaya un banquete si al amanecer llevaba un par de conejos á los compañeros! Pero como estaba buscando un puesto, oyó que venían hacia él algunos hombres rompiendo ramas, se asustó y disparó un tiro creyendo que eran prusianos.

—Juan, Mauricio y otros acudían, cuando una voz ronca gritó:

—No tiréis, ¡vive Dios!

Era en la orilla del bosque; un hombre alto y delgado, cuyas barbas toscas apenas se distinguían. Llevaba una blusa gris ceñida por un cinturón rojo, y tenía un fusil. En seguida explicó que era francés, sargento de voluntarios, y que venía con dos hombres desde los bosques de Dieulet, para dar algunos informes al general.

—¡Eh! ¡Cabasse! ¡Ducat!—gritó volviéndose,— ¡venid acá, holgazanes!

Los dos hombres habían tenido miedo, sin duda, pero se acercaron; Ducat era pequeño, regordete, pálido, casi calvo; Cabasse, alto, seco, la tez morena, casi negra, con una nariz larga en forma de cuchillo.

Mauricio, que examinaba muy de cerca al sargento, acabó por preguntarle:

—¿Diga usted? ¿No es usted Guillermo Sambuc, de Remilly?

Y, como éste, después de algunas vacilaciones, contestara que sí, el joven retrocedió un paso, porque aquel Sambuc tenía fama de ser un granuja, digno hijo de una familia de leñadores, que andaba en malos pasos; al padre, un borracho, se le encontró una noche degollado, en un bosque; la madre y la hija, mendigas, ladronas, habían desaparecido. Guillermo contrabandeaba, y uno solo, de toda aquella manada de lobos, había crecido honrado, Próspero, el cazador de África, que antes de tener la suerte de ser soldado, había sido mozo de labranza, por odio á la selva.

—He visto á su hermano en Reims y en Vouziers,—dijo Mauricio.—Está muy bien.

Sambuc no contestó. Para cortar la conversación añadió:

—Llevadme al general. Díganle que somos los voluntarios de los bosques de Dieulet, y que tenemos que comunicarle algo muy importante.

Cuando regresaban hacia el campamento, Mauricio se acordaba de aquellas compañías de voluntarios, en las que se habían fundado tantas esperanzas y que solo producían quejas. Tenían que hacer la guerra de escaramuzas, de emboscadas, aguardando al enemigo detrás de los vallados, hostigarle, matarle los centinelas, guardar los bosques, de donde ni un prusiano saldría vivo. Y, en verdad, estaban á punto de ser el terror de los aldeanos, á los que defendían muy mal y á los que destrozaban los campos. Por horror del servicio militar regular, todos los aventureros se apresuraban

á vestir el uniforme de voluntario, contentos de no verse sujetos á la disciplina, de poder andar á su capricho por los caminos, comiendo y durmiendo donde podían.

En algunas compañías el reclutamiento había sido infernal.

—¡Eh! Cabasse, ¡eh! Ducat—continuaba diciendo Sambuc—acercáos, holgazanes.

A esos dos también los conocía Mauricio y sabía que eran dos individuos de la peor casta. Cabasse, el alto, nacido en Tolón, antiguo mozo de café en Marsella, que había ido á parar á Sedán como comisionista, había estado á punto de ir á la cárcel, por una historia de robo que no pudo ponerse muy en claro. Ducat, el pequeño, procurador en Blainville, había tenido que traspasar su cargo por las inmoralidades que había cometido, y había estado á punto de ser procesado por hechos análogos en Raucourt, donde era tenedor de libros de una fábrica. Este último sabía latín, mientras que el primero apenas si sabía leer; pero los dos formaban la pareja, una pareja que inspiraba bastante cuidado.

El campamento se despertaba. Juan y Mauricio llevaron á los voluntarios al capitán Beaudoin, quien á su vez los presentó al coronel Vineuil. Este los interrogó, pero Sambuc, confiado en su importancia, quería hablar al general; y como el general Bourgain Desfeuilles, que había pasado la noche en casa del cura de Oches, acababa de presentarse en la puerta del presbiterio de mal humor por aquella madrugada para emprender una nueva jornada de fatiga y de hambre, acogió á los voluntarios con malos modales.

—¿De dónde vienen? ¿qué quieren? ¡Ah! ¡sois vosotros los voluntarios! ¡vaya unos caballeros!

—Mi general,—dijo Sambuc sin amilanarse,—somos los que guardamos los bosques de Dieulet...

—¿Qué bosques son esos?

—Los que están entre Stenay y Mouzón, mi general.

—Stenay, Mouzón, no conozco eso; ¿cómo voy á saber yo dónde estoy con tantos nombres nuevos!

El coronel Vineuil intervino discretamente para recordarle que Stenay y Mouzón estaban sobre el Meuse, y que habiendo ocupado los alemanes el primer punto, iban á intentar pasar el río por el puente del segundo pueblo, un poco más al Norte.

—Mi general—añadió Sambuc—hemos venido para prevenirle que los bosques de Dieulet están llenos de prusianos... Ayer, al salir el quinto cuerpo de Bois-les Dames, tuvo un encuentro, cerca de Nouart.

—¡Pero qué! ¿se han batido ayer?

—Sí, mi general, el quinto cuerpo se ha batido replegándose, y debe estar esta noche en Beaumont... y mientras los compañeros han ido á prevenirle, nosotros hemos venido aquí, para que supiera cuál era su situación y pudiese usted ir á socorrerle, porque le van á caer encima sesenta mil alemanes por la mañana.

El general Bourgain Desfeuilles al oír aquella cifra, manifestó algunas dudas.

—¡Sesenta mil hombres! muchos hombres son; ¿por qué no ha dicho cien mil? El miedo le hace ver el doble. No puede haber cerca de nosotros sesenta mil hombres, sin que lo supiéramos.

Y no hubo medio de convencerle, á pesar de que Ducat y Cabasse confirmaron lo dicho por Sambuc.

—Hemos visto los cañones,—dijo el provenzal,— y tienen que ser muy testarudos para meterlos por el camino del bosque, que está imposible con las lluvias de estos últimos días.

—Algún les sirve de guía,—dijo el exprocurador.

El general, desde lo ocurrido en Vouziers, ya no creía en la concentración de los dos ejércitos alemanes, de que tanto le habían hablado. Y no creyó oportuno enviar á los voluntarios para que hablaran con el jefe del séptimo cuerpo, con quien éstos creían estar hablando. Si hubiesen hecho caso de cuanto decían los aldeanos, de todos los que traían noticias, no hubiera habido medio de dar un paso. Dió orden á los voluntarios de que siguieran á la columna puesto que conocían el país.

—De todos modos hay que agradecerles que hayan venido,—dijo Juan á Mauricio mientras volvían á su puesto para recoger la tienda de campaña.—Han andado cuatro leguas durante la noche para poder avisarnos.

Mauricio convino en ello. Le atormentaba la idea de que los prusianos se hallaban en los bosques de Dieulet, camino de Sommauthe y de Beaumont. Se había sentado, cansado ya, antes de emprender la caminata, con el estómago vacío, el corazón oprimido, al amanecer de aquel día que presentía iba á ser horrible.

Al verle tan pálido, el cabo le preguntó cariñosamente:

—¿Estás mal, no es verdad? ¿Te hace sufrir el pie todavía?

Mauricio dijo que no. El pie estaba muy bien, gracias á los anchos zapatos que tenía.

—¿Tienes hambre?

Y Juan, viendo que no contestaba, sacó sin que le vieran una de las dos galletas, y mintiendo, con mucha sencillez:

—Toma,—le dijo,—te he guardado tu ración... yo he comido la mía ahora mismo.

Amanecía cuando el 7.º cuerpo salía de Oches, camino de Mouzón, por la Besace, á donde hubiera debido pernoctar. Primero había salido el enorme convoy, acompañado de la primera división, y si los carruajes del tren con buen ganado marchaban á buen paso, en cambio los carros embargados, vacíos la mayor parte é inútiles, se retrasaban mucho en las cuestas del desfiladero de Stonne. El camino sube, especialmente después de la aldea de la Berlière, entre los dos montes cubiertos de árboles, que lo dominan. A las ocho, cuando las otras dos divisiones se ponían en marcha, se presentó el mariscal Mac-Mahon, desesperándose al ver allí aquellas tropas que creía habían salido ya de la Besace por la mañana y que sólo tenían que andar algunos kilómetros para llegar á Mouzón. Tuvo una discusión bastante fuerte con el general Douay, acordándose por último dejar á la primera división que escoltara al convoy en marcha hacia Mouzon, y que las otras dos divisiones, para no retrasarse más con aquella pesada vanguardia, tomasen el camino de Raucourt á Autrecourt, con objeto de pasar el río Meuse en Villers. Había que subir de nuevo hacia el Norte, con la prisa que tenía el mariscal de poner el río entre su ejército y el del enemigo. Costa-

ra lo que costara, había que estar aquella noche al otro lado del Meuse y la retaguardia se encontraba aún en Oches. Una batería prusiana desde un cerro lejano, del lado de Saint Pierremont, empezó á cañonearlos como la vispera; primero contestaron á aquellos disparos y después las últimas tropas se replegaron.

Hasta las once el 106º siguió lentamente el camino que serpentea en el fondo del desfiladero del Stonne, entre los altos cerros. Sobre la izquierda las crestas empinadas suben desnudas, escarpadas, mientras que por la derecha los bosques descienden por pendientes suaves. El sol había vuelto á aparecer y hacía mucho calor en aquel valle estrecho y completamente solitario. Después de la Berliere, que domina un calvario grande y triste, no se encuentra una casa, ni un sér viviente y los hombres tan cansados, tan destrozados, hambrientos y sin haber dormido apenas, se arrastran penosamente sin valor para sufrir más y renegando.

De pronto, mientras estaban parados al lado del camino, volvióse á oír el disparo de los cañones á la derecha. Los cañonazos eran tan secos que el combate no debía librarse á más de dos leguas de distancia. Sobre aquellos hombres, cansados de replegarse enervados de tanto aguardar, el efecto que produjeron los cañonazos fué extraordinario.

Todos de pie, agitados, olvidando sus penas y sus fatigas, querían batirse, hacerse matar antes que continuar huyendo á la desbandada, sin saber cómo ni por qué.

El general Bourgain-Desfeuilles, acababa en aquel momento de subir á un cerro, llevándose consigo al

coronel Vineuil para reconocer el país. Se les veía allá en lo alto, entre dos bosquecitos, examinando el terreno con sus gemelos; enviaron en seguida un ayudante para que hiciera subir á los voluntarios. Algunos soldados, Juan y Mauricio entre ellos, acompañaron á éstos para en el caso de que los necesitaran.

En cuanto el general vió á Sambuc, gritó:

—¡Vaya un país, con estas cuestas y estos bosques!... ¿Oye usted? ¿Dónde es, dónde se baten?

Sambuc, seguido de Ducat y Cabasse escuchó, examinó un momento el vasto horizonte sin contestar. Mauricio, muy cerca de él, miraba también sorprendido por el inmenso desarrollo de los valles y bosques que veía. Hubiérase dicho que aquello era un mar sin límites, con olas inmensas y lentas. Los bosques manchaban con tintes verdes las tierras amarillentas, mientras que las colinas lejanas, bajo el sol ardiente, se anegaban en vapores rojizos. No se advertía nada, ni la más pequeña humareda en el fondo claro del cielo, pero el cañón seguía retumbando cada vez con mayor estrépito, semejante al de uno tempestad lejana que iba aumentando por momentos.

—Allí está Sommauthe, á la derecha,—acabó por decir Sambuc, señalando un monte:—Yoncq está aquí, á la izquierda. La batalla es en Beaumont, mi general.

—Sí, en Verniforet ó en Beaumont,—replicó Ducat.

El general gruñía:

—Beaumont, Beaumont, nunca sabe uno donde se encuentra en este endiablado país...

Después añadió en voz alta:

—¿Qué distancia hay desde aquí hasta Beaumont?

—Unos diez kilómetros, tomando por el camino del Chéne á Stenay que pasa por allí.

El cañoneo continuaba y parecía avanzar del Oeste al Este, aumentando siempre en intensidad. Sambuc añadió:

—¡Demonio! ¡La cosa está que arde!... Lo esperaba, se lo había prevenido esta mañana, mi general; con seguridad que son las baterías que hemos visto en los bosques de Dieulet. A estas horas el 5.º cuerpo debe tener encima todo ese ejército que llegaba por Buzancy y por Baulair.

Volvieron á callar y mientras tanto la batalla se oía cada vez más estruendosa. Mauricio apretaba los dientes, pues tenía ganas de gritar. ¿Por qué no iban en seguida al sitio donde hacían falta? Nunca había experimentado tal excitación. Cada cañonazo resonaba en su pecho y le conmovía, le impelía á ir al combate, para acabar de una vez y entrar en la batalla. Pues qué, ¿iban á oír el fuego otra vez, á pasar junto á aquel campo de batalla, rozarle casi sin disparar un tiro? ¿Se habían propuesto acaso llevarlos así de ese modo, huyendo siempre desde el principio de la guerra? En Ochés, el enemigo acababa de cañonearlos un momento por la espalda. ¡Seguirían corriendo de ese modo, no irían á apoyar á sus compañeros en aquel trancel! Mauricio miró á Juan que estaba muy pálido; los ojos le brillaban, efecto de la fiebre. Todos los corazones vibraban en los pechos al oír aquella llamada del cañón.

Tuvieron que detenerse una vez más. El Estado Mayor subía por el estrecho sendero. Era el general Douay, que acudía muy preocupado. Cuando interrogó á los voluntarios, se le escapó un grito de rabia. ¡Qué hubiera podido hacer, aunque lo hubiese sabido por la mañana! La orden del mariscal Mac Mahon era muy severa. Era preciso atravesar el Meuse antes de la noche, fuera como fuera. ¡Y ahora, de qué modo podría reunir todas las tropas que estaban escalonadas y en marcha hacia Raucourt para dirigirlas con rapidez sobre Beaumont! ¿No llegarían demasiado tarde? El 5.º cuerpo debía batirse ya en retirada por el lado de Mouzon y los cañonazos lo indicaban, cada vez se oían más al Este, como si fuera un huracán de truenos y granizos, que marchaba y se alejaba. El general Douay levantó los brazos al aire y con un gesto de furiosa impotencia, dió la orden de continuar la marcha hacia Raucourt.

¡Qué marcha aquella, en el fondo del desfiladero de Stonne, por entre las altas crestas, mientras que á la derecha, detrás de los bosques, el cañoneo continuaba! A la cabeza del 106º el coronel Vineuil marchaba tieso en su caballo, con la cabeza derecha, pálido el semblante, temblándole los párpados, como si contuvieran lágrimas que pugnaban por escapársele. El capitán Beaudoin, mudo, silencioso, se mordía el bigote, mientras que el teniente Rochas, á pesar suyo, recriminaba, lanzaba insultos contra todos y contra sí mismo. Y, entre los soldados que no tenían ganas de batirse, entre los menos valientes, aumentaba el deseo de gritar, de pegar, la rabia de la continua derrota, el deseo de

marcharse pesadamente, mientras que aquellos condenados de prusianos degollaban allá á los compañeros.

Al pie de Stonne, cuyo camino en forma de lazo baja por entre montes, el terreno se había ensanchado; las tropas atravesaban bastas tierras cortadas por bosques. A cada momento desde la salida de Ochés, el 106º, que se encontraba ahora á retaguardia, esperaba verse atacado, porque el enemigo seguía á la columna, la vigilaba, aguardando sin duda el momento oportuno para cogerla por la cola. La caballería, aprovechando los menores repliegues del terreno, intentaba ganarla por los flancos; se vieron algunos escuadrones de la guardia prusiana, desembocar por detrás de un bosque; pero se detuvieron ante la maniobra que hizo un regimiento de húsares que se adelantó bariendo el camino. Y gracias á ese avance la retirada continuó efectuándose con bastante orden, cuando al acercarse á Raucourt, un espectáculo vino á aumentar la angustia, acabando por desmoralizar á los soldados. De repente por un camino vieron desembocar una masa de hombres, precipitadamente; oficiales heridos, soldados desbandados y sin armas, carruajes del convoy á escape, hombres y animales huyendo alocados se esparcían extraviándose. Eran los restos de una brigada de la 1.ª división, que escoltaba un convoy que había salido por la mañana hacia Mouzon, por la Besace. Una equivocación de caminos, una casualidad desgraciada hacia hecho que aquellas tropas y una parte del convoy fuesen á caer á Varniforet, cerca de Beaumont, cuando el 5.º cuerpo se retiraba pre-

sa del pánico. Sorprendidos, atacados de flanco habían huído y el mismo pánico los devolvía, ensangrentados, medio locos, trastornando á sus compañeros con el espanto. Sus revelaciones sembraban el miedo, parecían como el eco del cañoneo que oían sin cesar desde el mediodía.

Al atravesar Roucourt fué la ansiedad, el atropello tonto. ¿Debían tomar á la derecha, en dirección á Autrecourt, para pasar el Meuse en Villers como se había acordado? Vacilando, dudando, el general Douay temió encontrar allí, el puente atestado y tal vez ya en poder de los prusianos. Prefirió seguir derecho por el desfiladero de Haraucourt, para llegar á Remilly antes que anoheciera. Después de Douzon. Villers y después de Villers, Remilly: subían siempre y los hulanos galopando, espoleándolos. Sólo faltaban dos kilómetros, pero eran ya las cinco y sentíanse muy cansados. Estaban en pie desde el amanecer, habían tardado doce horas en recorrer tres leguas, parándose y marchando, entre emociones y temores sin límite. Durante las dos últimas noches los hombres apenas habían dormido y apenas si comieron desde Vouziers. Se caían de inanición. Lo de Raucourt fué horrible.

La pequeña ciudad es muy rica, con fábricas numerosas, su calle mayor de buenas edificaciones se extiende por ambos lados de la carretera con su linda iglesia y la Casa Consistorial muy bonita. Pero como el emperador había pasado allí la noche con el mariscal Mac Mahon, y detrás de ellos hubo de pasar el primer cuerpo entero, que durante toda la mañana había recorrido el camino, no quedaban ya recursos ni provisiones. No se encon-

traba vino, pan ni azúcar, nada de lo que se bebe ni de lo que se come. Habíase visto á algunas señoras distribuyendo tazas de caldo y vasos de vino, hasta agotarlo todo. Y cuando los primeros regimientos del 7.º cuerpo empezaron á desfilar, fué aquello una desesperación. ¿Pues qué, todavía quedaban más soldados? De nuevo por la calle mayor empezaron á pasar hombres extenuados, cubiertos de polvo, muriéndose de hambre, sin que tuviesen ya nada que darles. Muchos se paraban en las puertas, llamaban y tendían las manos á las ventanas pidiendo por misericordia un pedazo de pan y algunas mujeres lloraban, haciendo señales de que no podían darles nada, que no tenían.

En la esquina de la calle de los Dix Potiérs, Mauricio, desmayado, cayó al suelo y Juan que había acudido oyó que le decía:

—No, déjame; esto se acabó... prefiero morir aquí.

Se había dejado caer en la esquina. El cabo quiso mostrarse severo, como si estuviera descontento.

—¡Vive Dios! ¿quién me ha traído un soldado tan flojo? ¿quieres que te recojan los prusianos? ¡Vamos, arriba!

Después, viendo que el joven no contestaba, livido, con los ojos cerrados, siguió jurando, pero con tono paternal, casi llorando:

—¡Por vida del demonio!

Echó á correr hacia una fuente, llenó su plato de agua y volvió para mojarle la cara. Después, sin ocultarse, sacó de su mochila la última galleta que había guardado con tanto cuidado, la rompió á pedazos y fué metiéndoselos en la boca. El hambriento abrió los ojos, y devoró.

—Pero ¿y tú?—preguntó recordándolo ¿no has comido?

—Yo,—dijo Juan,—tengo la piel muy dura, y puedo aguardar.... ¡Un buen trago de jarabe de ranas y ya estoy firme!

Se fué á llenar el plato de nuevo, lo vació de un trago y luego dió un chasquido con la lengua y eso que él también tenía la cara lívida, y tanta hambre, que le temblaban las manos.

—¡Vamos, levántate! hay que alcanzar á los compañeros.

Mauricio se levantó, dió el brazo á Juan y se dejó arrastrar como un niño. Jamás el brazo de ninguna mujer le había hecho latir tanto el corazón. En el desquiciamiento de todo, en medio de aquella miseria, con la muerte enfrente, le confortaba la idea de tener á su lado un sér que le quería tanto y que le cuidaba, y tal vez la idea de que el corazón de aquel hombre que tanta abnegación le demostraba, era el de un aldeano, que le había inspirado antes alguna repugnancia, añadía á su gratitud una dulzura infinita. ¿No era acaso aquello la fraternidad tal como debía ser al principio del mundo, la amistad antes que la cultura de las clases, esa amistad de dos hombres unidos y confundidos en la común necesidad de su asistencia, de su mutuo apoyo, ante la amenaza de la naturaleza enemiga? Oía latir su humanidad en el pecho de Juan y se sentía orgulloso de verle más fuerte, socorriéndole, ayudándole, mientras que Juan, sin analizar sus sensaciones, sentía mucha alegría protegiendo en su amigo, aquella gracia, aquella inteligencia, que en él se halla.

ban en estado rudimentario. Desde que había ocurrido la muerte violenta de su mujer, arrebatada por un sangriento drama, creía que no tenía corazón y había jurado no volver á ver esas criaturas que hacen sufrir tanto aún cuando no sean malas. Y la amistad era para los dos como un bálsamo; aunque no se abrazaban, se sentían uno dentro del otro, aunque eran muy distintos, en aquel terrible camino de Remilly, sosteniéndose mutuamente, formando un solo sér de piedad y de sufrimiento.

Al abandonar la retaguardia á Raucourt, los alemanes entraban por el otro extremo, y dos de sus baterías, instaladas inmediatamente, á la izquierda, sobre las alturas, empezaron á cañonearlos. En aquel momento el 106º, que desfilaba por el camino que baja del Emmane, se encontraba en la línea de tiro. Un proyectil cortó un álamo en la margen del río; otro se enterró en un prado al lado del capitán Beaudoin, sin estallar. Pero hasta llegar á Haraucourt el desfiladero iba estrechándose, y las tropas se amontonaban, como en un callejón estrecho, dominado por ambos lados, con crestas llenas de árboles: si un puñado de prusianos se emboscaba allá arriba, el desastre era seguro. Cañoneados por la cola, y amenazados de un ataque posible á derecha é izquierda, las tropas avanzaban con ansiedad para salir pronto de aquel sitio peligroso. Un último arranque de energía había aniquilado á los más fatigados. Los soldados que momentos antes se arrastraban penosamente, al pasar por Raucourt, alargaban el paso, reanimados al verse espoleados por el peligro. Hasta los caballos parecían tener conciencia del peligro y de que si se

perdía un minuto, se podría pagar muy caro. La cabeza de la columna debía estar ya en Remilly, la marcha continuaba, muy de prisa, cuando repentinamente hubo una parada.

—¡Demonio!—dijo Chouteau,—¿nos van á dejar aquí?

El 106º no había llegado aún á Haraucourt y continuaban cayendo granadas.

Mientras el regimiento aguardaba, marcando el paso, estalló una á la derecha, sin herir á nadie, afortunadamente. Pasaron cinco minutos de agonía horrible. Nadie se movía, debía haber algún obstáculo que impedía la marcha. Y el coronel, derecho sobre los estribos, nervioso, miraba, sintiendo que detrás de él el pánico se apoderaba de sus hombres.

—Todo el mundo sabe que estamos vendidos,—dijo con rabia Chouteau.

Empezaron los murmullos, que iban en aumento, bajo los latigazos del miedo. ¡Sí! ¡sí! los habían llevado allí para venderlos, para entregarlos á los prusianos. En el encarnizamiento de la desgracia y con el exceso de faltas cometidas, no quedaba ya en el fondo de aquellos cerebros limitados, más que la idea de una traición que pudiese explicar tal serie de desastres.

—¡Nos hacen traición! ¡nos hacen traición!—repetían las voces alocadas.

Y Loubet tuvo una idea.

—Tal vez sea ese cochino de emperador, que estará allá, en mitad del camino, con sus equipajes, impidiendo el paso.

La noticia circuló en seguida. Se afirmaba que el obstáculo consistía en el séquito del emperador, que

cortaba la columna, y fué aquello una cosa horrible, palabras atroces, todo el odio que inspiraba la insolencia de las gentes que estaban al servicio del emperador, que se apoderaban de los pueblos donde dormían, desempaquetando las provisiones, las cestas de vinos, la vajilla de plata, delante de los soldados extenuados, á quienes faltaba de todo; que encendían las cocinas, cuando los infelices soldados no tenían que comer. ¡Ah! ¡ese miserable emperador, en aquel momento sin trono y sin mando, semejante á un niño extraviado en su imperio, que llevaban como un paquete inútil, entre los bagajes de las tropas, condenado á arrastrar en pos de sí, la ironía de su casa de gala, sus cien guardias, sus coches, sus caballos, sus cocineros, sus furgones, toda la pompa de su manto imperial, sembrado de abejas, barriendo la sangre y el lodo de los caminos de su derrota!

Uno tras otro cayeron dos proyectiles. El kepís del teniente Rochas se lo llevó un pedazo de hierro. Y las filas se apretaron, hubo una oleada de empujones, una oleada súbita cuyo reflujo se sintió muy lejos. Las voces se ahogaban en las gargantas. Lapoulle gritaba furiosamente para que avanzaran. Un minuto más todavía de espera, é iba á producirse una espantosa catástrofe, que hubiera aplastado á aquellos hombres en el fondo de aquel estrecho callejón, en una oleada furiosa.

El coronel se volvió muy pálido.

—¡Hijos míos! ¡hijos míos! un poco de paciencia. He enviado á uno para que se entere... ya ha principiado la marcha...

No comenzaba ésta y los segundos parecían si-

glos. Juan había vuelto á coger á Mauricio de la mano, y con mucha sangre fría le explicaba al oído que si los compañeros empujaban, los dos saltarían á la izquierda, para trepar por los bosques del otro lado del río. Buscaba á los voluntarios con la mirada, creyendo que conocerían los caminos; pero le dijeron que habían desaparecido, al pasar por Raucourt. Y de pronto, volvieron á emprender la marcha, dieron la vuelta en un recodo del camino, al abrigo ya de las baterías alemanas. Más tarde se supo, que la causa del desbarajuste de aquella jornada desgraciada, había sido la división Bonnemain que cortó y paralizó al 7.º cuerpo, para dar paso á los cuatro regimientos de coraceros.

La noche se venía encima cuando el 106º atravesó Angecourt. Las aristas de los bosques continuaban á la derecha; pero el desfiladero se ensanchaba por la izquierda, un valle azulado aparecía á lo lejos. Por fin, desde las alturas de Remilly, percibieron en las brumas de la noche, una cinta de plata pálida, entre el desarrollo inmenso de prados y tierras. Era el Meuse, ese Meuse tan deseado, donde parecía que se hallaba la victoria.

Y Mauricio, con los brazos extendidos hacia las luminarias que se veían en lontananza, que se encendían alegremente en el fondo verdoso, en el fondo de aquel valle tan fecundo, de un encanto delicioso bajo la suavidad del crepúsculo, dijo á Juan, con la alegría de un hombre que vuelve á encontrar su país amado:

—¡Mira! ¡Mira allí!... ¡Ese es Sedán!